

INTRODUCCIÓN*

Imperio y canon en William Henry Hudson

Leila Gómez
University of Colorado, Boulder

En 1941, se publica en Argentina la pionera *Antología de Guillermo Enrique Hudson con estudios críticos sobre su vida y su obra*, con textos de Fernando Pozzo, E. Martínez Estrada, Jorge Casares, Jorge Luis Borges, H. J. Massingham, V. S. Pritchett y Hugo Manning. Fue este uno de los principales hechos editoriales que apuntaban a consagrar a William Henry Hudson en el canon argentino al mismo tiempo que a explicar sus filiaciones identitarias a ambos lados del Atlántico. Setenta años después, los ensayos compilados hoy en *Entre Borges y Conrad: Estética y territorio en W. H. Hudson* revisitan tal inserción de Hudson tanto en el canon intelectual argentino como su articulación en el campo intelectual inglés, en el que compartía el capital simbólico del escritor foráneo junto a Joseph Conrad e Iván Turguenev.

La mayoría de estos ensayos se concentra en el estudio de la producción de Hudson sobre Sudamérica, tanto científica como literaria, principalmente en obras como *The Purple Land* (1885), *Idle Days in Patagonia* (1893), *Green Mansions: A Romance in the Tropical Forest* (1904),

* Parte de esta introducción reproduce el capítulo “Hudson: el gran primitivo” de mi libro *Iluminados y tránsfugas*, publicado por Iberoamericana/Vervuert en 2009.

Far Away and Long Ago (1918), *The Naturalist in La Plata* (1892), y *Birds of La Plata* (1920), entre otros. Aunque el principal foco de interés es la producción del autor sobre América del Sur, los ensayos establecen una perspectiva comparativa con los escritos husdonianos sobre la Inglaterra en la que decidió afincarse desde los treinta y tres años.

Así, el libro examina la problemática de la nacionalidad y la heterogeneidad lingüística en el canon literario, la noción de cosmopolitismo e identidades biculturales, el tema del desarraigo, la emigración y la nostalgia en el relato de viajes. Asimismo aborda el papel de los naturalistas y el evolucionismo en la Inglaterra victoriana, la primitivización de la Otredad en la retórica imperial y la estética de los sentidos en la representación de la naturaleza latinoamericana.

William Henry Hudson (1841-1922) no fue un viajero en el sentido más convencional, como lo fuera el naturalista Alexander von Humboldt o el épico Ulises de Ítaca, aunque Borges lo incluyera en la larga tradición de viajeros ingleses a la Pampa, junto a Richard Burton y Robert Cunninghame Graham. Sabemos que fueron los padres de Hudson quienes emigraron a Argentina desde Estados Unidos antes del nacimiento de sus hijos y que William, después de vivir treinta y tres años entre los gauchos, se radicó definitivamente en Inglaterra. Es cierto que a la muerte de su padre en 1868, cuando todavía vivía en Argentina, su familia se dispersó y William anduvo probablemente de estancia en estancia, llegando a cruzar el Río de la Plata para dirigirse a Uruguay. Allí vivió la experiencia de la montonera y el enfrentamiento entre blancos y colorados, del que saldría el material histórico para *The Purple Land*. De estos años es además su viaje a la Patagonia, entre 1870 y 1871, el que fuera inspiración para su *Idle Days in Patagonia*. A excepción de estos esporádicos viajes a Uruguay y a la Patagonia y sus viajes por la campiña inglesa, no es el itinerario del viaje en sí lo que marcará el relato de Hudson, sino más bien el desarraigo definitivo de un viaje transatlántico sin retorno y la mirada nostálgica al pasado en Argentina.¹

1. La producción de Hudson sobre Sudamérica puede dividirse en dos grupos. Un grupo está integrado por obras de ficción y autobiográficas, entre las que se incluyen *The Purple Land that England Lost* (1885), *Idle Days in Patagonia* (1893), *El ombú* (1902), *Green Mansions: A Romance in the Tropical Forest* (1904), *Far Away*

Esta nostalgia acechará a Hudson durante toda su vida en Inglaterra. El escritor se diferenciará así de los viajeros exiliados por razones políticas: no pesaban sobre él razones rígidas de proscripción. En este sentido, Hudson no fue un viajero del Romanticismo latinoamericano ni un escritor exiliado durante gobiernos militares o totalitarios. Hudson es más bien un viajero emigrado o expatriado en la clásica tipología del viajero propuesta por Edward Said.² No obstante, podría decirse que Hudson tiene en común con el escritor exiliado la mirada, si no privilegiada, al menos sí alternativa del escritor en el exterior. Dicha exterioridad lo obliga a no asumir como natural ningún lenguaje, ni el propio ni el ajeno, ni aceptar los prejuicios de ninguna cultura como dogma ni ortodoxia. Como escritor en el exterior, debe revisar constantemente los presupuestos de su propio lenguaje y el del Otro.

Esta es la percepción que tuvieron de él los escritores contemporáneos de su círculo intelectual. En el Londres de la época, existía un reconocimiento general hacia los escritores extranjeros —entre los más prominentes, Joseph Conrad e Iván Turgenev—, quienes parecían redescubrir la “autenticidad” de la lengua inglesa sin el peso de la tradición literaria y el afectado respeto por autores consagrados. John Rodker lo expresa en la sección de homenaje a Hudson en *The Little Review*: “In England Hudson shares only with Conrad the laurels of writing. Both are foreigners. It should by now be an axiom that only foreigners can write a live English. Their senses are not dulled by traditional thought-forms. New institutions give them seriously to think!” (1920: 19).

and Long Ago: A History of my Early Life (1918). Entre las obras autobiográficas hay que mencionar también su diario de viaje: *William Henry Hudson's Diary Concerning his Voyage from Buenos Aires to Southampton on the Ebro* (1958), *Letters from W. H. Hudson, 1901-1922* (ed. Edward Garnett, 1923), *W. H. Hudson's Letters to R. B. Cunninghame Graham* (1941), *Two Letters on an Albatross. W. H. Hudson & R. B. Cunninghame Graham* (ed. Hebert Faulkner West, 1955). El segundo grupo está integrado por sus escritos naturalistas como sus colaboraciones en la revista *Proceedings of the Zoological Society* de Londres, *Argentine Ornithology: A Descriptive Catalogue of the Birds of the Argentine Republic*, con P. L. Scatler (1888-1889), *The Naturalist in La Plata* (1892), *The Book of a Naturalist* (1919) y *Birds of La Plata* (1920).

2. Me refiero a “Reflections on Exile” de Edward Said (2000), donde el autor distingue las diferentes clases del viajero moderno: el exiliado, el refugiado, el expatriado y el emigrado.

Hudson fue leído por sus contemporáneos ingleses como un escritor privilegiado capaz de devolver lo “primitivo” y lo “auténtico” al lenguaje y a las descripciones de la naturaleza. En el campo intelectual inglés, Hudson no solo gozó de la autoridad de quien detenta una habilidad primigenia sobre el idioma inglés, sino también de quien experimentó el “allá lejos y hace tiempo” de la prehistoria de la humanidad en Sudamérica.³ Así era percibido por el grupo de escritores que se reunía en el restaurante francés, Mont Blanc, de la calle Gerrard en Soho, todos los martes y al que Hudson concurría principalmente invitado por el presidente del grupo, Mr. Edward Garnett. Entre sus amistades se encontraban George Robert Gissing, Thomas Seacombe, R. A. Scott James, Stephen Reynolds, Edward Thomas, W. H. Davis, Hilaire Belloc, Muirhead Bone, Perceval Gibbon, John Galsworthy y Robert Cunninghame Graham. Ford Madox Ford recuerda en sus reminiscencias que Hudson “made you see everything of which he wrote, and made you be present in every scene that he evolved, whether in Venezuela or on the Sussex Downs. And so the world became visible to you and you were a traveler” (1966: 48). Son además conocidas las palabras de Conrad que refuerzan esta percepción primitivista de Hudson en el campo intelectual inglés: “You may try for ever to learn how Hudson got his effects and you will never know. He writes down as the good god makes the green grass to grow, and that is all you will ever find to say about it if you try for ever” (ibíd.: 49).

En este clima intelectual, los libros de Hudson fueron leídos como mediadores entre mundos añorados y perdidos y la civilización inglesa. Hudson era percibido como un americano que conocía a los gauchos y a los ingleses de igual modo y era capaz de traducir un mundo cultural a otro, con plena conciencia de la pérdida y el conflicto que esto implicaba. Hudson representaba la armonía entre la estética y la ciencia, el reservorio del naturalismo del siglo XIX, una forma arcaica

3. In *Thus to Revisit: Some Reminiscences*, dice Ford Madox Ford al respecto: “Hudson had the advantage of seeing the light in a Latin country — at least I suppose nineteenth-century Argentina was a Latin country — and so he was among a population who used words for the expression of thoughts. For, among us Occidentals, it is only the Latin races who use words as clean tools, exactly, with decency and modesty” (1966: 75).

de relación con el conocimiento de la naturaleza. Fue conocido por su denuncia al industrialismo y por su polémica con la especialización de la ciencia aplicada. Hudson era el nexo entre la naturaleza y la civilización. Representaba la “armonía imposible” de la biculturalidad.⁴

Esta posición privilegiada es justamente la que le permitirá a Hudson juzgar al imperio británico. Ya desde su juventud en la pampa, Hudson polemizaba con Darwin y la ciencia metropolitana sobre la naturaleza local, a la que él decía conocer mejor por observación y experiencia directa. En este mismo espíritu, Hudson escribirá su primer libro, *The Purple Land that England Lost*, en 1884, entre la fascinación y la crítica hacia lo inglés. Este primer libro de Hudson no tendrá la acogida de sus libros posteriores, principalmente *A Naturalist in La Plata* (1892) al que Alfred R. Wallace encontrará como absolutamente único entre los libros de historia natural (Garnett 1920: 103-111), ni tampoco *Green Mansions* (1904), aclamado por el público norteamericano. *The Purple Land that England Lost* no solo plantea una perspectiva crítica de las intenciones imperialistas inglesas sobre el Río de la Plata y la Banda Oriental del Uruguay sino que construye un sujeto “tránsfuga” que se despoja de su identidad inglesa paulatinamente para asumir una moral cimarrona, reflejo de su pasaje cultural al mundo de los gauchos. La traducción cultural en este libro se torna compleja y es posible que la

4. En “A Poet Scientist”, Henry Seidel Canby dice al respecto: “I believe that in this harmony of the scientist and literary instincts is to be found the cause of the great satisfaction which so many derive from these books of Hudson, which are themselves of the greatest simplicity, often no more than notes by the way. The satisfaction, of course, was first Hudson’s. He made a harmony with his environment, both physical and intellectual, which later and more scientific naturalists and other and more ambitious men of letters were not to feel. He found a unity in nature for which Thoreau was always searching in a maze of facts, and which modern specialists have given over utterly. He reconciled in himself the mechanisms of nature and the aesthetics spiritual aspirations of man; indeed, it would be more accurate to say that for him they never been irreconcilable. Perhaps when formal philosophy has digested the fruits of modern research it will formulate in categories what I take to be Hudson’s inspiration — namely, that fact and feeling are but two aspects of the same world, and that the man who is able to observe and to express has for himself and for his readers turned matter into spirit” (1924: 484).

lectura del mismo les resultara ardua a los contemporáneos ingleses. La exotocidad de *Green Mansions*, por el contrario —con la fuerte erotización de la mujer-pájaro Rima y los ritos ancestrales y peligrosos de los nativos— asume las características del gusto Occidental por lo primitivo. *The Purple Land that England Lost*, todavía proteica y problemática en una identidad liminal, no fue bien recibida por el público inglés, al punto que su autor tuvo que acortar la parte más beligerante de su título para sus reediciones. Así *The Purple Land that England Lost* pasó a ser simplemente *The Purple Land* en su segunda edición.⁵

La novela tiene como protagonista a un viajero inglés, Richard Lamb, deambulando por la Banda Oriental del Uruguay en la época de los enfrentamientos entre blancos y colorados posteriores a las guerras de independencia. Lamb llega al Uruguay desde Buenos Aires huyendo con su flamante esposa, a la que ha desposado contra la voluntad de sus progenitores, tal vez justamente por su condición de extranjero. La primera edición de *The Purple Land* contaba de un paratexto sugerente, en el que el autor explicaba en detalle los acontecimientos históricos y políticos de la Banda Oriental para situar su relato: el descubrimiento y la nomenclatura española de Montevideo, las contiendas entre los imperios español y portugués sobre la Banda Oriental, los enfrentamientos por el mismo motivo heredados por Argentina y Brasil luego de la independencia rioplatense y, por último, las revoluciones que agitaban actualmente al país llamado por ello mismo la “Nueva Troya”. Pese a tratarse de un libro de ficción, resulta significativa la necesidad manifiesta en el paratexto de un anclaje histórico y geográfico para el relato, el cual fuera reseñado en la épo-

5. Dice Hudson en el prólogo a la edición de 1904: “Esta obra fue publicada por primera vez en 1885, por los editores Sampson Low, en dos delgados volúmenes, como el título más largo y, para la mayor parte de las personas, enigmático de *La tierra purpúrea que Inglaterra perdió*. Casi cualquier región del globo puede encontrarse en la tierra purpúrea y de lo que debemos llevar cuentas es de lo que ganamos, no de lo que perdemos. En los diarios aparecieron unas pocas notas sobre el libro; uno o dos de los más serios periódicos literarios la reseñaron (no favorablemente) bajo el encabezamiento de ‘Viajes y geografías’; pero el público lector no se preocupó por comprarla, y muy pronto cayó en el olvido” (*La tierra purpúrea*: 3).

ca dentro de las colecciones de “Viajes y geografías”. En este sentido, Hudson no escapa a la necesidad del sujeto colonial de autoexplicarse ante la mirada metropolitana, de una manera excesiva y desbordante, a la manera de Guaman Poma de Ayala. El sujeto colonial desarrolla así una suerte de autoetnografía en un doble gesto de introspección y exhibición (Pratt 1992: 7).

Borges ha destacado la trayectoria de “desinglesamiento” del personaje inglés en *The Purple Land*. En la novela, las vicisitudes del héroe modifican su identidad al punto de hacerlo abrazar la cultura considerada contrapuesta. El contacto del viajero Richard Lamb con el paisaje, las mujeres, las escaramuzas guerreras y los gauchos de la campiña uruguaya modifica al héroe y lo vuelve un “tránsfuga y un converso” (Borges 1949: 597). En *The Purple Land*, el cambio en la identidad del héroe es palpable en el contraste entre el Lamb del primer capítulo que pronuncia desde el cerro de Montevideo una maldición contra la tierra purpúrea, cuya posesión el imperio británico perdió a inicios del siglo XIX, y el Lamb de los últimos capítulos que, en la cima del mismo cerro, supira al dejar aquella tierra y denuncia los vicios de la “ultracivilizada” Inglaterra.

En las páginas iniciales, un Lamb frustrado por la imposibilidad de conseguir empleo en un Uruguay agitado por revoluciones, lamenta que Inglaterra no hubiera conquistado, ordenado y civilizado dicho país. En los inicios del siglo XIX, Inglaterra había tomado posesión de Uruguay pero tuvo que devolverla a la Confederación del Río de la Plata para cambiarla por prisioneros de guerra en Buenos Aires. Desde el cerro de Montevideo sueña Lamb con una conspiración para recuperar lo perdido:

Oh, ¡qué no daría por tener aquí conmigo mil jóvenes de Devon y de Somerset, cada uno con un cerebro encendido de pensamientos como los míos! ¡Qué gloriosa hazaña se haría para la humanidad! ¡Qué grandiosos victores exhalaríamos por la gloria de la antigua Inglaterra que se está muriendo! Correría la sangre por las calles [...] y después habría paz, y el pasto sería más verde y las flores más brillantes por esa lluvia escarlata (*La tierra purpúrea* 11).

Los sueños imperiales, no obstante, son presentados con cierta ironía y el sarcasmo tiñe el discurso patriótico pronunciado por Lamb cuando este, luego de proclamarlo catárticamente exclama:

Después de despachar esta conminatoria arenga me sentí aliviado en grado sumo, volví a casa en un estado de ánimo excelente para la cena, que esa noche consistía en cogote de oveja, hervido con zapallo, batatas y choclos tiernos, que no venía nada mal para un hombre hambriento (12).

El cierre culinario a la arenga imperialista señala el desdoblamiento del discurso mimético imperial. Se trata de una imitación paródica del discurso del poder que lo desacraliza.⁶ La ejecución carnavalesca del discurso imperial por parte del sujeto colonial introduce la ambivalencia, desestabilizando la autoridad y las reglas de autoreconocimiento del imperio. Hacia el final de *The Purple Land*, el personaje se ha aculturado completamente. A tono con el “primitivo” Hudson, Lamb justifica la libertad arcádica y el crimen en la tierra purpúrea, en contra del industrialismo y el progreso civilizatorio.

No resulta extraño que un libro laudatorio de la pérdida imperial en beneficio de las potenciales colonias criollas no fuera aclamado por la crítica ni disfrutado por el gran público en la metrópolis. Para su reedición en 1904, Hudson redujo el paratexto explicativo de la historia uru-

6. A partir de una combinación de la noción del discurso de Foucault y la noción de ambivalencia del psicoanálisis, Homi K. Bhabha habla del discurso colonial como híbrido, es decir, como ambivalente. La ambivalencia en la enunciación del discurso colonial se manifiesta en la interacción o fusión inseparable de sus dos niveles: por un lado el nivel de un discurso consciente y disciplinado sobre la Otridad y, por otro, un deseo fantasmagórico inconsciente hacia el Otro. Bhabha utiliza para explicar esta ambivalencia en el discurso colonial el descubrimiento del libro inglés en los territorios colonizados de la India, África y el Caribe. El descubrimiento del libro es para Bhabha, un proceso de desplazamiento que paradójicamente vuelve prodigiosa la presencia del libro en la medida en que es repetido, traducido, malentendido, desplazado (2002: 132). Cuando los nativos indios reciben el texto de la Biblia inglesa traducido preguntan al misionero cuestionando los ritos “caníbales” de la eucaristía: “¿Cómo puede salir la palabra de Dios de las bocas comedoras de carne de los ingleses?” (ibíd.: 146). Así, la presencia del libro inglés, la Ley colonial o la identidad inglesa no puede ser representada plenamente, su significación se desplaza en su reproducción en las colonias. Su reproducción en el contexto colonial, “su duplicación” en un sintagma de saberes diferenciales, alienan la identidad del ser inglés, y producen a la vez nuevas formas de saber, nuevos sitios de poder. Otros saberes “negados” entran así en el discurso dominante, desestabilizando su base de autoridad y cuestionando sus reglas de reconocimiento (ibíd.: 143).

guaya y acortó el título de la novela a solo *The Purple Land*, borrando el recuerdo del fracaso británico. Para entonces Hudson ya era un naturalista conocido por el éxito de su *The Naturalist in La Plata* (1892) y un escritor familiarizado con el gusto de su público. Publicará el mismo año de la reedición de *The Purple Land* un libro de viajes que sí se convertirá en *best seller*, principalmente entre el público norteamericano, *Green Mansions*. La novela narra la historia de un viajero perteneciente a la sociedad criolla venezolana, Abel, enamorado de una mujer-pájaro mítica de los bosques tropicales. A diferencia de la relación consumada de Lamb con Paquita, su esposa, y sus múltiples intercambios eróticos con las mujeres de *The Purple Land*, el viajero inglés de *Green Mansions* nunca podrá concretar su amor con la mujer-pájaro, Rima. Su relación, cargada de erotismo y deseo, no puede ser consumada, puesto que los nativos de Parahuari la queman viva antes que esto se haga posible.

Mary Louise Pratt ha hablado del erotismo en el relato del viaje como una marca de la anti-conquista, es decir, como una estrategia discursiva gracias a la cual el viajero busca asegurar su inocencia con respecto a prácticas imperiales coercitivas (1992: 38-107). En el relato de la anti-conquista existe un desplazamiento del placer, ya que el viajero realiza un voto de celibato y a menudo se presenta como un sujeto andrógino, especialmente si es científico. La concentración de todas sus energías está en la observación y recolección de la naturaleza. Cuando el erotismo es evidente, no obstante, el deseo queda incumplido y el intercambio sexual no llega a concretarse, asegurando el respeto a las leyes del tabú del contacto sexual y asumiendo que este implica siempre relaciones desiguales de poder y comercio. De este modo se manifiesta el narcisismo primal del viajero y su incapacidad para crear lazos afectivos duraderos que le impidan la partida y el regreso al hogar. Esto es lo que sucede entre el viajero Abel y Rima en *Green Mansions*. Algo opuesto ocurre en *The Purple Land*, en donde el viajero, si bien al inicio se mantiene reticente a las insinuaciones y requisiciones de las mujeres que lo albergan durante su deambular por la Banda Oriental, al final accede a los reclamos amorosos de Mónica, Dolores y Clea. La situación se torna más compleja al considerar que Lamb no solo está casado sino que además ha robado a su mujer del hogar paterno a pesar de la prohibición de su unión. Vemos así a un extranjero que no responde al tipo del viajero de la anti-conquista erótica sino más bien lo

contrario. Lamb es un viajero consustanciado con una moral no correspondiente a la Inglaterra victoriana de la época y esto se brinda como un ejemplo más de su “desinglesamiento” y de la poca acogida de *The Purple Land* en el mercado editorial.

A diferencia de *The Purple Land*, el narrador de *Green Mansions* no parece tener problemas con la política británica de la Commonwealth en la Guayana inglesa en la que transcurre el relato. Al modo de las novelas góticas inglesas como *Frankenstein* de Mary Shelley o *She* de Henry Rider Haggard, el marco de la narración lo constituye el diálogo retrospectivo entre dos amigos: el de Abel con un oficial británico en la Guayana. El oficial le reprocha que Abel no confíe en él luego de tantos años de amistad como para contarle el secreto de su vida en los bosques. El relato de Abel se realiza en un gesto de reciprocidad que asegura el vínculo entre los miembros de la sociedad criolla con los agentes imperiales, puesto que su relato consume la amistad entre ambos y la confianza requerida por las alianzas comerciales. Es de destacar que el vínculo que no puede consumarse entre Rima y Abel tiene su contracara en la relación discursiva con el oficial británico. El relato se configura como la mercancía simbólica de la reciprocidad que constituye la base ideológica del intercambio capitalista. En palabras de Hulme: “only under the fetishized social relations of capitalism does reciprocity disappear altogether, however loudly its presence is trumpeted” (citado en Pratt 1992: 84). Abel cuenta su viaje a la naturaleza como un camino de pruebas, un descenso a los infiernos y un proceso de purificación, y al hacerlo revela su secreto y el de la Otredad, transformándose, como Hudson, en el *connoisseur* espiritualista y “traductor” en boga en los círculos de la Inglaterra victoriana.

Como se ve, la obra de Hudson no está exenta de contradicciones, y se tensa entre el cuestionamiento y la complacencia de un sujeto bicultural. A pesar de haber sido reconocido como el “autor primitivo” en la metrópoli es a la vez uno de sus críticos más sutiles.

En Argentina, las lecturas de Hudson asumen el carácter de la recuperación identitaria. En 1934 Enrique Espinoza escribía para el diario *La Nación* una nota titulada “La reconquista de Hudson”.⁷ El autor enumera

7. Véase Espinoza (1934).

una serie de actividades institucionales destinadas a entronizar la figura del naturalista angloargentino en la cultura nacional. Entre ellas reconoce, por ejemplo, un trabajo pionero de la traducción al castellano de algunos párrafos de *The Naturalist in La Plata* (1892) por parte del entonces director del Museo de Historia Natural de Buenos Aires, Martín Doello-Jurado, y su publicación en la revista científica *Physis*, entre 1913 y 1916. Espinoza destaca además las conferencias y homenajes de la Sociedad Ornitológica Argentina y la exhibición de las acuarelas originales de las ilustraciones de “Pájaros del Plata” en 1931, con motivo de la cual el gobierno nacional bautiza la estación de ferrocarriles Sud con el nombre de Hudson.⁸

El título de la nota de Espinoza evoca una empresa patriótica. Había que reconquistar lo que se había perdido o más bien había sido usurpado, como se reconquista un territorio o un símbolo sagrado. A primera vista, parece claro que es necesario rescatarlo de su inclusión al canon de la literatura inglesa. Espinoza llama “ironía histórica” al hecho de que Hudson escribiera en la lengua de los “invasores” ingleses de principios de siglo XIX y no en la de los conquistadores españoles, porque Hudson —según el crítico— es “el más criollo de los escritores nacidos a orillas del Plata” (1934: 2). Esta “ironía de la historia” es explicada como el modo en que Inglaterra se vengó de su pérdida bélica y su expulsión del Río de la Plata,⁹ algo que Hudson describe también irónicamente en *The Purple Land*.

8. Espinoza aclara que, según las investigaciones de Fernando Pozzo, fundador de la Sociedad de Amigos de Hudson, la estación estaría ubicada en el lugar de nacimiento de Hudson en Quilmes.

9. Ya en 1896, Juan Bautista Justo, el fundador del Partido Socialista, se refería de modo similar a las inversiones del capital inglés que comprometían la estabilidad financiera del estado argentino de fines de siglo, amenazando su autonomía. Justo se refiere a otro tipo de “ironía histórica”: “Lo que no pudieron los ejércitos lo ha podido entre tanto el capital inglés. Hoy nuestro país es tributario de Inglaterra. Cada año salen para allá muchos millones de pesos oro, para los accionistas de las empresas inglesas establecidas en el país. Nadie puede poner en duda los beneficios que reportan los ferrocarriles, los tranvías, las usinas de gas, los telégrafos y teléfonos. Nadie puede negar a sociedades inglesas el derecho de poseer grandes extensiones de campo en nuestro país, desde que los señores territoriales argentinos tienen el de vivir de sus rentas donde más les plazca. El oro que los capitales ingleses sacan del país, o que se llevan en forma de producto, no nos aprovecha más, sin embargo, que si se volatilizara o se fuera al fondo del mar” (cit. en Romero 1965: 199).

Si la relación de dependencia con el capital inglés, la que perdura más o menos continuamente hasta las primeras décadas del siglo xx (Scalabrini Ortiz 1965), era más difícil de contrarrestar, la “reconquista” de la mercancía simbólica que representaba Hudson se volvía más accesible ideológicamente y como contrapartida de la primera. Para Espinoza, había principalmente que recuperar a Hudson para una intelectualidad rioplatense apática que lo había ignorado, la misma intelectualidad a la que, según el autor, le había tomado cuarenta años leer el *Martín Fierro* y la que estaba tan “necesitada [entonces como ahora] de un intérprete universal de su tierra incógnita” (1934: 2).¹⁰

Integrar a Hudson como el “gran primitivo” al museo y al canon de la nación argentina fue la tarea de los intelectuales rioplatenses que pensaban en un intermediario locuaz para el ingreso de la nación a la modernidad global. Hudson como bicultural, argentino e inglés, gaucho y viajero, primitivo y naturalista, era el traductor feliz de la “barbarie” al mundo civilizado. Con esta lectura de Hudson, Borges y Martínez Estrada desentronizaban al gaucho Martín Fierro de la épica lugoniana de *El payador* y colocaban en el canon literario la figura de un descendiente de la inmigración anglosajona, la querida por Sarmiento y Alberdi, en contraposición a los italianos, españoles y centroeuropeos que habían transformado a Buenos Aires en una ciudad babélica. Hudson podía leerse a su vez entre los forjadores de la nación como naturalista, integrando el panteón de héroes científicos como

10. También en *La Nación*, una década más tarde, Emiliano Mac Donagh, en su artículo “La ciencia argentina en la vida de Hudson”, habla de la necesidad de “reclamar para nuestra tierra [la] gloria de Hudson”. Dice Mac Donagh al respecto: “y váyale nuestra gratitud porque nos hizo conocer mejor nuestra tierra, describiéndola como infinitamente más variada y más rica, más ancha que la conoció nuestra contemplación un poco adormecida, no como fue la suya, sagaz y sabia”. Conocido científico y divulgador, Mac Donagh señala que Hudson continúa siendo el precursor en las observaciones de los instintos de las aves y su comportamiento para científicos de Cornell y Harvard y hasta para el famoso Julian Huxley. Probidad, curiosidad y mesura son los tres rasgos de la mentalidad científica precursora de Hudson y sus descripciones de las aves rioplatenses, en las que Mac Donagh repara, destacando los hallazgos de Hudson sobre el tordo y su costumbre de depositar los huevos en nidos ajenos (1943).

Florentino Ameghino, el Perito Moreno y Eduardo L. Holmberg. Aunque considerado como el “gran primitivo”, el científico Hudson era mercancía del progreso nacional. Hudson era el gaucho bicultural, la unión de lo foráneo culto y lo autóctono argentino. Como gaucho y viajero, fue el nuevo prototipo de la Argentina moderna, una conjunción de nostalgia y progreso.

Los ensayos en esta antología revisan y expanden los temas tratados hasta aquí, siendo sus vertientes fundamentales la compleja identidad de Hudson expresada en su biografía y sus relatos de viaje, la problemática de la agencia y el conocimiento imperial o imperialista y su inserción en el campo tanto inglés como norteamericano y argentino. En consonancia con estas tres vertientes, el libro se divide en tres secciones y cuenta con un epílogo a cargo del historiador Ricardo Salvatore y una coda de Sara Castro-Klarén. Ambos trabajos constituyen un complemento invaluable en esta colección de ensayos.

Ricardo Salvatore provee su lúcida perspectiva de historiador para juzgar los escritos de Hudson, en particular en relación con la población nativa, su distancia con respecto a los escritores románticos y políticos rioplatenses y sus contradicciones con las imágenes imperiales sobre la pampa. Sara Castro-Klarén, por su parte, sitúa por primera vez a Hudson en una tradición latinoamericana a través de su comparación con José María Arguedas. A partir del estudio de la relación de ambos autores con la naturaleza de los Andes y la pampa, Castro-Klarén descubre un pensamiento que transcurre por vertientes no occidentales y se constituye así como contrahegemónico.

Sección I.

La identidad y el devenir. Esquivas territorialidades

En esta sección los autores exploran el elusivo lugar de Hudson —sus escritos y biografía— en las clasificaciones literarias, su pertenencia y disidencias con el romanticismo, la literatura victoriana, los relatos de viajes, el naturalismo y la ciencia. Principalmente, los autores de esta sección analizan la percepción de Hudson como viajero bicultural y la problemática que sus escritos suscitan para las categorías naciona-

les y la constitución de una identidad manejada desde el estado. Esta oscilación o posición intermedia (*in-between*) de Hudson entre géneros, nacionalidades y disciplinas es vista por los autores de esta sección de dos maneras: por un lado, es entendida como una “carencia”, o una imposibilidad de recuperar lo perdido: el hogar de la infancia y con ello, la estabilidad del sujeto. Por otro lado, el constante oscilar de Hudson se asocia a un devenir productivo en el que sujeto potencia sus habilidades creadoras y su contacto con el mundo natural.

Silvia Rosman, en su ensayo “Los pasos perdidos de Guillermo Enrique Hudson”, habla de la tensión constante entre el origen, el destino y el movimiento mismo en los escritos de Hudson. Se trata de una economía particular que tiene como agente a un “viajero” no en un sentido convencional pero que sin embargo hizo del relato de viajes el género principal de su obra. Esta tensión se da en, por un lado, querer conciliar destino e identidad y por otro, mostrar la futilidad de tal deseo. Su escritura solo puede reproducir lo que se perdió para siempre: la pampa de la niñez abandonada al morir la madre para pasar el resto de su vida en Inglaterra. Es por esto que los escritos de Hudson fluctúan en la literatura anglosajona y la argentina. Hudson no tiene un lugar fijo ni seguro en ninguna de ellas: no es un Güiraldes inglés, como lo estudió Piglia, ni es un afiliado del romanticismo ni del modernismo. Su escritura y biografía desestabilizan las seguridades de lo nacional.

Retomando la definición de Martínez Estrada sobre el carácter catacrítico de la escritura de Hudson, Rosman habla de la presión deformadora que se encuentra en el lenguaje de Hudson, en el que las palabras son desplazadas de su significado en lengua original al pensarse originalmente en otra lengua y ser traducidas. Esta tensión que causa extrañeza en el seno mismo del lenguaje hudsoniano lo desubica en su lugar de pertenencia y principalmente hace imposible la vuelta al origen, a la cultura y a la lengua madre. No es casual dice la autora, citando a Borges, que el escritor más argentino para algunos, sea el menos nacional. En su ensayo “El libro”, Borges sostiene que los poetas nacionales funcionan como un antídoto o contraveneno (*phármakon*) contra los males nacionales ya que son lo menos idiosincráticos entre sus contemporáneos. Hudson llenaría bien esta figura.

En “Espacios de la identidad: escritura, paisaje, lenguaje”, Mónica Szurmuk y Amanda Holmes exploran la tensión que se da en la escritura de Hudson en relación con el paisaje. Para las autoras, la literatura de Hudson es un repositorio de fantasías sobre el campo y la naturaleza que señala a nuevos modos de sociabilidad y cultura. Las autoras examinan la dimensión geográfica donde entran en conflicto el espacio abierto en el que la mirada de Hudson se extravía (contemplación o éxtasis preverbal abordado por otros autores en la sección) con el paisaje disciplinado de los barrios privados que rodean el Museo y Parque Nacional Guillermo Enrique Hudson en su actual localidad, en Quilmes, provincia de Buenos Aires. Para hacerlo, Szurmuk y Holmes estudian la autobiografía de Hudson y el modo en que el espacio pampeano de la niñez se define desde la perspectiva del anciano y el modo en que esta perspectiva puede ser contradicha en la resonancia contemporánea de los nuevos *countries*. Aunque el espacio del *country* se construya como refugio y alejado de los procesos de modernización —incluso algunos de los barrios privados llevan algún nombre conmemorativo de Hudson— se trata de una ficción que Hudson desmiente en sus escritos, donde la pampa no está delimitada y el sujeto puede perder su mirada en un espacio impredecible y sin límites.

Hay un movimiento oscilante entre la familiarización y la exotización en las descripciones de la pampa como producto de su subjetividad pampeana e inglesa al mismo tiempo. Es por ello que la infancia de Hudson funciona como el lugar de lo exótico para quien lee en Londres y como autóctono y original para el que vive en las ciudades argentinas pobladas de inmigrantes y sus descendientes.

La perspectiva que se pierde en el horizonte o ante la contemplación de un ser o fenómeno de la naturaleza y provoca un estado de éxtasis preverbal es abordado por Jean-Philippe Barnabé en “Staring at vacancy: notas sobre *Far Away and Long Ago*”. El autor remarca cómo en la tierra “bárbara” sudamericana, el espacio abierto le permite a Hudson una íntima familiaridad con una naturaleza esplendorosa e intocada. Barnabé se detiene en la visión epifánica y casi mística de la naturaleza que Hudson explica en “El animismo de un niño” en *Far Away and Long Ago*, en donde el olvido de sí mismo y la singularidad de la experiencia lleva a una consubstanciación con lo observado.

Para Barnabé esta experiencia de pérdida puede originarse en la rememoración del octogenario Hudson que escribe su autobiografía: las imágenes mortuorias que marcan la misma, como la muerte del perro, de Margarita y de su propia madre. La muerte es otro espacio de vacío y desamparo que se conjuga con el “staring at vacancy” por parte de Hudson. La razón de esta consubstanciación genera un movimiento ambivalente que acerca al hombre y la naturaleza, lo animado y lo inanimado en el mundo de los escritos de Hudson.

Roberto Ignacio Díaz retoma esta idea de la carencia en “Hudson, la Patagonia y la nada”, especialmente en su estudio de *Días de ocio en la Patagonia*. Se trata de la carencia que genera el espacio patagónico con su “despoblación”, aunque la misma deba ser desmentida. En Hudson se produce una suspensión del pensamiento ante el espacio patagónico, una nada pre-verbal que lo emparenta con los salvajes. Hay un estado de suspenso en el que la razón se interrumpe y los ruidos de la modernidad cesan. Así Hudson explora, para Díaz, la experiencia o el cruce bicultural, como un anticipo de los cuentos de Borges, principalmente “El cautivo” y “El etnógrafo”. Se trata de una “vital experiencia de la nada”.

Díaz sitúa el lugar de Hudson en las definiciones del espacio patagónico, espacio cargado de significaciones por las descripciones de viajeros como Paul Theroux, en *The Old Patagonian Express*, Pigafetta y Faulkner hasta Darwin. Para hacerlo, Díaz estudia los estereotipos de los que Hudson se hace eco con respecto al hombre patagónico y su relación ambivalente con las culturas indígenas, posición que será abordada con mayor detenimiento en la segunda sección de este libro.

Jens Andermann profundiza en el devenir bicultural de Hudson y propone una lectura de la “animalización de la escritura en Hudson” en el último artículo de esta sección: “Pulsión animal: zooliteratura y transculturación en W. H. Hudson”. El autor aborda la problemática filosófica del devenir desde diferentes ángulos y el modo en que Hudson se acerca al mundo animal desde la singularidad del encuentro en un tiempo y un espacio dado, construyendo un acercamiento físico y epistemológico. Se establece en este encuentro una reciprocidad hermenéutica con el animal. Se trata del poder de discernir la animalidad tal y como esta se presenta, como un todo vital. Recordando la defini-

ción de Deleuze y Guatari de que en el devenir no se es ni uno ni otro, ni la relación entre los dos, sino una zona de entorno e indistinción, Andermann se detiene en aquellos episodios del devenir de los personajes en animales como es el caso paradigmático de la mujer Rima que deviene pájaro en *Mansiones verdes* y la cautiva que deviene en Cacui en *Marta Riquelme*, entre otros casos.

Este espacio ambivalente del devenir es el que ocasiona para Andermann la ubicación de la escritura de Hudson entre los géneros de una literatura menor, donde las formas de narrar se instauran en un hiato no solo geográfico, sino también lingüístico e histórico.

Sección II. La ciencia, la literatura y el imperio

Esta sección estudia la ubicación de Hudson en tanto sujeto político, sus avenencias y desacuerdos con el imperio y con las formas de dominación estatal. Resulta imposible separar a Hudson de este debate político como lo prueban la mayor parte de los ensayos de este volumen. Principalmente en esta sección, los autores exploran tanto las formas de resistencia a los mecanismos imperiales expresadas en sus escritos como las complicidades de sus estereotipos y silencios sobre las culturas indígenas pampeanas. Una de las vertientes de análisis principal en esta sección es la que vincula a Hudson con las prácticas disciplinarias del conocimiento metropolitano, y las correspondencias de este con los intereses coloniales de los imperios informales, tanto de Inglaterra como Estados Unidos, en la región.

Javier Uriarte comienza su ensayo “Los espacios de la sangre: imperio informal, guerra y nomadismo en *The Purple Land*” con una útil distinción entre el imperio formal y el imperio informal para su análisis de *The Purple Land*. Siguiendo a autores como John Gallagher y Ronald Robinson, llama a este último el imperialismo del libre comercio, y establece la relación informal y práctica que la metrópoli mantuvo con los gobiernos nacionales de Sudamérica, especialmente con Uruguay. Para Uriarte, la reivindicación de la naturaleza violenta y primitiva de los uruguayos descritos por Hudson durante la guerra civil entre blancos y colorados, está presentada como una violencia

contraria a la política tanto imperial como estatal dado que se trata de una violencia desestabilizadora de los intereses normalizadores de los gobiernos.

Para Uriarte, la novela busca precisamente fundar una identidad de la improductividad, al dejar de lado el discurso del trabajo e incorporar el de la aventura y el nomadismo del protagonista, el inglés Richard Lamb. La violencia misma en la que se encuentra la campaña uruguaya permite una constante fluidez en la que la guerra y la revolución se vuelven claves para articular la relación del protagonista con el imperio y el estado.

Desde una perspectiva contraria, en “Entre el naturalismo, la antropología y la arqueología: los múltiples registros de W. H. Hudson en el marco del discurso de la ciencia y la Nación”, Gustavo Verdesio retoma esta relación de Hudson con la vocación imperial para sostener que el autor no fue ajeno a su tiempo y que su lucha antindustrial y protoecologista puede entenderse dentro de un romanticismo que concebía al hombre primitivo en una escala evolucionista, donde Occidente siempre se concibe en el estado más avanzado. A Verdesio le interesa explorar la relación de Hudson con la arqueología y la antropología y los estereotipos del hombre sudamericano que estas continuaron al dejar incuestionados los modelos evolutivos.

Verdesio deja clara la relación de Hudson con las instituciones de estas disciplinas en Argentina y Europa. Si bien Hudson no fue un naturalista “estatal” como Francisco P. Moreno, sí fue un activo colaborador de museos como el Smithsonian y el Pitt Rivers. Dicha colaboración lo ubica en un lugar complejo como agente del traslado de los bienes patrimoniales de los pueblos indígenas patagónicos. Sus observaciones sobre los artefactos indígenas con los que se encuentra en *Idle Days in Patagonia* oscilan entre el respecto por los cráneos encontrados pero también por la continuidad de estereotipos sobre la etapa evolutiva de estos pueblos y el total silenciamiento de las grupos contemporáneos, con los que sin duda convivió durante su vida en la pampa y estadía en la Patagonia. Aunque para Verdesio, no hay en Hudson el deseo de dar pábulo a las narrativas nacionales, tampoco hay sin embargo ninguna mención a las campañas perpetradas por el mismo estado nacional para la asimilación y o exterminio de los grupos indígenas.

En “La atracción de lo distante: la obra de Hudson como catálogo y museo”, y a partir del estudio de *The Purple Land* (1885-1904), *Birds of La Plata* (1920) y *A Naturalist in La Plata* (1892), Álvaro Fernández Bravo también examina las filiaciones de Hudson con la ciencia metropolitana, en especial con la institución del museo. Para Fernández Bravo, los tres libros pueden ser leídos como catálogos de costumbres y especies organizados dentro de la economía simbólica del museo. El público de Hudson, asimismo, es un público no especializado como el de *Longman*, *The Gentleman’s Magazine*, *The Nineteenth Century*, donde fragmentos de sus escritos naturalistas fueron publicados. Las descripciones de cada animal (o de cada práctica social) pueden ser recorridas como quien transita las exhibiciones museísticas, sobre todo contando con las ilustraciones de Henrik Gronvold, como en *Birds of La Plata*. Para Fernández Bravo, Hudson puede ser leído como un autor funcional del imperialismo, en cuanto sus libros-museos lo ubican como traficante del conocimiento-mercancía, tanto para aportar como para cuestionar el saber metropolitano.

Fernández Bravo sostiene que como coleccionista para sus libros-museos, Hudson se sitúa en el lugar de la constante pérdida y el deseo imposible de recuperación. Es esta pérdida misma a la vez una ganancia como capital simbólico. El mundo perdido de la pampa se vive como la expulsión del paraíso de la niñez y el comienzo de la explotación del trabajo, la industrialización y la explotación de hombres y animales por parte del capitalismo. Su nostalgia y su construcción como representante del mundo primitivo ficcionaliza una cercanía entre hombres y animales que dota al autor del capital simbólico necesario para autorizarse en el campo intelectual inglés.

En “*Mansiones verdes: colonialismo, naturaleza y sujeto*”, Fernando Degiovanni estudia las prácticas del imperio informal en la novela *Green Mansions* (1904), la única en el corpus de Hudson y en esta sección que toma lugar en Venezuela y no en el extremo sur del continente. De este modo, Degiovanni explora la relación de la producción de Hudson no solo con el imperio británico en la región, en este caso la Commonwealth en la Guayana inglesa, sino principalmente con la política norteamericana generada con la construcción del Canal de Panamá (1914). Se vuelve así relevante la gran recepción y acogida

que tuvo *Green Mansions* en el contexto norteamericano a partir de la segunda edición en 1916 del editor Alfred A. Knopf, y su consagración como *best seller* en dicho mercado. La acción novelística se ubica en un área geográfica y cultural que la administración norteamericana consideraba crucial para el futuro económico de sus relaciones internacionales y por ello impulsó un aparato retórico y discursivo que al mismo tiempo que produjo datos pertinentes para un imaginario imperial, sirvió a los fines de legitimar su lugar en la región.

El modelo para la novela fueron los relatos de viajes decimonónicos como el de H. W. Bates, Alfred Simpson y Everard F. im Thurn. Sin embargo, el romanticismo naturalista de Hudson que a menudo se interpreta como antimperial y antindustrial no es tal para el crítico. Para Degiovanni, el narrador y protagonista de *Green Mansions*, Abel, es un crítico despiadado de la Otrredad de los pueblos que considera primitivos —específicamente la comunidad de los Parahuari en la novela— a los que pinta de manera abyecta. Los prejuicios racistas son marcados, sobre todo al idealizar a Rima, la mujer-pájaro, como perteneciente a un mundo ideal o superior por el color de su piel y la antigüedad y extinción de su pueblo. Hay un silencio revelador en la situación imperial de la región y el tono benevolente de Abel hacia Rima afirma para Degiovanni la primacía del conocimiento occidental como eje incuestionable del abordaje material y simbólico de *Green Mansions*.

Sección III. La recepción. Miradas transatlánticas del canon

En esta sección se explora la recepción de las obras de Hudson a ambos lados del Atlántico. Los autores ubican a Hudson en diferentes tradiciones literarias, como el romanticismo, el relato de viajes, el gótico inglés, la novela de la naturaleza y el realismo mágico. El objetivo de los autores de esta sección no es meramente el de hacer un ejercicio literario sino ante todo estudiar las peculiaridades identitarias de escritores que, como Hudson, viven una extranjería lingüística y retórica en cánones, mercados y campos intelectuales que siguen los modelos nacionales.

En “Los efectos raros’ de W. H. Hudson en la literatura argentina”, Eva-Lynn Jagoe revisa la inserción que Jorge Luis Borges y Ricardo Piglia hicieron de Hudson en el canon argentino. A pesar de la escritura en la lengua inglesa, estos autores hablan de una criolledad o argentinidad en Hudson que va más allá de la lengua. Se trata de una experiencia del tiempo, el espacio y la interacción humana que Hudson comparte con el canon que tanto Borges como Piglia reivindican. Se trata de la doble pertenencia a linajes dispares: ser argentino significa también ser extranjero o descendiente de extranjeros. Para Borges, ser inglés y criollo; para Piglia significa ser italo-argentino.

Al respecto resulta interesante la polémica entre Roberto Bolaño y Piglia que Jagoe recoge en su ensayo sobre la identidad de los escritores latinos en Estados Unidos. En esta polémica, Piglia prefiere llamarse un “falso argentino”, para destacar así la identidad bicultural idiosincrática del Cono Sur. Las discusiones sobre Hudson están para Piglia relacionadas con cuestiones vitales sobre el lenguaje nacional, el linaje, la identidad nacional y la literatura argentina.

Celina Manzoni estudia el éxito de *Green Mansions* en el mercado editorial tanto inglés como norteamericano y apunta a dilucidar las causas del mismo en la heterogeneidad novelística que no es solo lingüística sino también de géneros y de movimientos literarios. En su ensayo “El viaje hacia lo sobrenatural: el escenario fluvial y la selva como espacio de lo maravilloso en *Mansiones verdes*”, Manzoni liga la prosa de *Green Mansions* a la tradición literaria del Amazonas, a su literatura de viajes empezando por Humboldt, en donde la naturaleza es paisaje y escenario pero también depositaria de los mitos del Dorado. La novela también se inserta en la tradición de las narraciones del bosque, en las que el héroe debe transitar por un camino de pruebas. Su retórica es la del amor cortés o caballaresco de la lírica medieval europea, y Rima es la ninfa del bosque, encarnación de la pureza, la inocencia y la indefensión.

Más allá de todas estas filiaciones retóricas, Manzoni destaca la pertenencia de *Green Mansions* al gótico inglés, al que caracterizan las efusiones emocionales, excesivas y violentas, la maldad en los otros, el desprecio hacia los nativos, la intensidad de una pasión en un escenario de desmesura y un ambiente exótico y maravilloso. Manzoni ex-

plica que la complejidad de tradiciones asignadas a la novela se genera por el dilema de pertenencia del mismo Hudson en el canon transatlántico, el cual se alinea a su vez con la prestigiosa tradición de *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier y las obras de autores destacados como Rómulo Gallegos, Arturo Us-lar Pietri, Miguel Otero Silva y Gabriel García Márquez.

En “Las aventuras paralelas: el deseo de posesión y la ansiedad de filiación en *The Purple Land* de W. H. Hudson”, Peter Elmore, por su parte, aborda el tema de la pertenencias identitarias de Hudson no tanto en relación con la heterogeneidad lingüística de su obra ni sus diferentes aportaciones a géneros y estilos literarios sino principalmente a partir de la representación de la subjetividad de sus protagonistas, sus percepciones de lo propio y lo ajeno en el contacto cultural. Específicamente, Elmore analiza al sujeto Richard Lamb en *The Purple Land* y estudia su trayectoria en lo que Bajtín llama “el cronotopo del camino o el viaje”, en el que Lamb cambia radicalmente su visión del Otro y donde cuestiona y revisa sus vínculos con la metrópoli europea, en un periodo de expansión imperialista sobre una periferia pre-moderna convulsionada por la formación de los estados nacionales.

Para Elmore, el relato de aventura y la picaresca que parece describir Lamb lo alejan de los relatos destacados del viaje imperialista. A pesar de que Hudson no tiene ninguna ambición en integrarse al mercado editorial rioplatense sino más bien al londinense, para Elmore, el protagonista de *The Purple Land* es representante de lo que Lukács denomina el anticapitalismo romántico y esto lo ubica —tanto a Lamb como a Hudson— en una posición compleja con respecto a su pertenencia imperialista. No solo Lamb no siempre es reconocido como extranjero en el mundo narrativo: mucha de su peripecia se debe a su capacidad de hacerse pasar por local, sino que en oposición a otros protagonistas pro-imperiales como Charles Gould, en *Nostromo* de Joseph Conrad, Lamb no tiene una fe ciega en el progreso ni cree que los ideales de la civilización sean los que aseguren el bienestar de los pueblos.

Ricardo Gutiérrez-Mouat en “Proyección de Hudson en la narrativa argentina contemporánea: el caso Aira” retoma el tema de la inclusión de Hudson al canon rioplatense, específicamente en el caso de César Aira, y en obras como *La liebre* y *Un episodio en la vida del pin-*

tor viajero, donde se incorpora la figura del naturalista viajero. Gutiérrez-Mouat también estudia algunos episodios de *Enma la cautiva* y *La costurera y el viento*, en donde Aira cita explícitamente *Idle Days in Patagonia*. Aunque las invenciones de esta novela de Aira son surrealistas, al revés de lo que realiza el naturalismo de Hudson, ambos autores hablan en otro país sobre lo exótico de la Patagonia.

El argumento de Gutiérrez-Mouat es, principalmente, que es posible percibir tanto en Hudson como Aira un extranjerismo en la lengua, en el que el exotismo es una cuestión de estilo lingüístico. Dicho exotismo se manifiesta en el uso de una lengua foránea que se recorta contra la lengua materna (que es la misma lengua) al subvertir su función comunicativa. Este fenómeno se da por el bilingüismo de Hudson y por el paródico heterolingüismo de Aira, poliglosia que se corresponde a su vez con una antropología inversa en ambos autores, cuyas miradas originales sobre lo aparentemente natural lo desautomatizan y lo vuelven extraño o “exótico”.

Bibliografía

- BHABHA, Homi K. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial, 2002.
- BORGES, Jorge Luis. “Nota sobre *The Purple Land*”. En: *La Nación* (3 agosto 1941).
- CANBY, Henry Seidel. “A Poet Scientist”. En: *The Literary Review of the New York Evening Post* (2 febrero 1924), 483-484.
- ESPINOZA, Enrique. “La reconquista de Hudson”. En: Suplemento Cultural de *La Nación* (10 junio 1934), 2.
- FORD, Ford Madox. *Thus to Revisit: Some Reminiscences*. New York: Octagon, 1966.
- GARNETT, Edward. “Una nota sobre el genio de Hudson”. En: *Repertorio americano* (febrero 1920), 103-111.
- HUDSON, William Henry. *La tierra purpúrea; Allí lejos y hace tiempo*. Ed. Jean Franco. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1980.
- MAC DONAGH, Emiliano. “La ciencia argentina en la vida de Hudson”. En: *La Nación* (23 mayo 1943), 3.

- POZZO, Fernando, Ezequiel MARTÍNEZ ESTRADA, Jorge CASARES, Jorge Luis BORGES, H. J. MASSINGHAM, V. S. PRITCHETT y HUGO MANNING. *Antología de Guillermo Enrique Hudson precedida de estudios críticos sobre su vida y su obra*. Buenos Aires: Losada, 1941.
- PRATT, Mary Louise. *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. London/New York: Routledge, 1992.
- RODKER, John. "W. H. Hudson". En: *The Little Review* (mayo-junio 1920), 18-28.
- ROMERO, José Luis. *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires: FCE, 1965.
- SAID, Edward W. "Reflections on Exile". En: *Reflections on Exile and Other Essays*. Cambridge: Harvard University Press, 2000, 172-186.
- SCALABRINI ORTIZ, Raúl. *Política británica en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1965.